

nes de artes y oficios, el obrero y el proletario eran miembros independientes del todo grande y fuerte, porque eran miembros protegidos por la ley; y el siervo, aunque no fuese libre, tenía seguro el pan, así como la estabilidad, y, lo que era más importante todavía, sabía que, en caso de necesidad, no le faltaría auxilio.

Ahora, todos son libres de salir del apuro como puedan, y de sostenerse como Dios les dé á entender, pero quedan eximidos de la obligación de ayudar y sostener á los demás, si éstos no pueden hacerlo por sí mismos. Libres del suelo, libres de una adquisición segura, aunque moderada, libres de límites protectores, todos gozan de la libertad del pájaro, pero sin poseer sus alas.

El obrero de otros tiempos se ha convertido ahora en un simple asalariado, parecido al primer jornalero que se presenta. Aquellos obreros que desafiaban en otro tiempo, con verdadero orgullo de artesanos, á los estudiantes de la Universidad; aquéllos que, á la sombra de su propio estandarte, socorrían al emperador en las batallas, muéstranse ahora contentísimos de encontrar, como peones obreros á destajo ó empresarios, los medios de ganar, durante algunos días, un pan minuciosamente pesado. El negociante, á quien tres concurrentes en la misma calle roban hasta el aire que respira, recorre todos los caminos como preñero ó buhonero. Maltratado por todos los agentes de policía, que exigen su patente, muéstrase todavía orgulloso de verse libertado de la tutela de la Edad Media, ó bien se rebaja hasta el punto de convertirse en colono, en testafarro, que vende mercancías extrañas en provecho de otro. El humilde doméstico de otros tiempos, que vivía al servicio de su dueño, sin compartir sus desvelos, y que se moría de viejo en la casa de su amo, se desvive ahora por obtener un cargo más lucrativo de copista ó de comisionista. Mientras sirve, apenas si su patrono le ve una vez; pero, si se hace incapaz para el trabajo, es reemplazado por otro.

Los obreros no tienen, pues, con frecuencia mucha razón en considerarse como las víctimas más maltratadas de la

cuestión social. Este rebajamiento ha afectado á todos los hombres de pequeña condición, pero ha producido mayor daño quizás á los modestos empleados, y todavía más á esa clase, con relación á la cual, nuestra época no tiene, por decirlo así, ni piedad ni conexión: <sup>(1)</sup> la clase agrícola.

Semirey antes en otros países, el aldeano de hoy no es más que la sombra de sí mismo. Inglaterra,—no hay que hablar de Irlanda—en que la extensión de la propiedad territorial <sup>(2)</sup> se practica por modo sistemáticamente exagerado, nos recuerda el tiempo de los latifundios, que fueron la causa de la decadencia del Imperio Romano. <sup>(3)</sup> Semejante situación ha hecho descender á la agricultura, en otro tiempo tan fuerte, á la categoría de un verdadero proletariado, en el cual el poder público empieza á ver un peligro social. Los mongoles abrigaron antiguamente el proyecto de transformor todo el territorio chino en pasturajes; <sup>(4)</sup> pero renunciaron á él, dando con ello pruebas de más prudencia que los lores ingleses, los

(1) El mismo Roscher muestra cuán verdad es esto. Entre las pruebas que aduce para demostrar que el Imperio Alemán goza de un grado muy elevado de cultura desde el punto de vista económico, cita, á la vez que hechos, el caso de que el correo expide cada año 14 cartas por cabeza, y que la lengua alemana moderna es usada ya por los poseedores del dinero, por cuanto ella emplea la palabra *billig* en lugar de *geldwohlfeil*. Dice además que nuestra propiedad territorial ha alcanzado un grado tal de movilidad que, por causa de esto, sobre los bienes territoriales pesan hipotecas equivalentes al 52 % de su valor en Prusia, al 40 % en Sajonia y al 45 % en Mecklenburgo. (*Geschichte der Nationalökonomik*, 1004 y sig.)

(2) Marx, *Das Kapital* (4), I, 639 y sig., 679 y sig. Rossbach, *Gesch. der polit. Ökon.*, 243 y sig.; *Gesch. der Gesellschaft*, IV, 6 y sig. Kolb, *Statistik*, (8), 221. Rentzsch, *Handwerteb. d. Volkswirtschaft*, 416 y sig. Si las cosas continúan así, bien puede uno decir que desaparecerá la población de los campos. En 1891, contaba Inglaterra 29 millones de habitantes; de ellos 71,7% en las ciudades y 28,3% en los campos. Desde 1881, la población de los campos ha aumentado un 3,4%, y la de las ciudades, un 15,3%. Unos 200.000 campesinos poseen todavía 7% del suelo inglés. (*Revue des Revues*, VIII, 194; XIII, 313 y sig.)

(3) Appian., *Bell. civ.*, 1, 7. Séneca, *Ep.*, 89; *Benef.*, 7, 10. *Plin.*, 18, 7 (6). Columella 1, 3. Petronius, *Sat.* 48. Ammian. Marcell., 27, 11. En 104 antes de Jesucristo, en Roma, toda la posesión estaba entre las manos de 2000 particulares (Cicero, *Off.* 2, 21, 73). En tiempo de Nerón, la mitad de la provincia de Africa pertenecía á seis propietarios. (Plin, 18, 7 (6), 3.)

(4) Roscher, *System der Volkswirtschaft* II, (12), 49.

cuales, desde el tiempo de Adam Smith, han hecho desaparecer 160.000 propietarios libres. <sup>(1)</sup> En Francia se ha llegado también á arruinar la agricultura, pero por un procedimiento contrario. En esta nación, la división y la enagenación de las tierras va tan lejos, que 51.000,000 de hectáreas están divididas entre 150.000,000 de individuos, y que, entre estas propiedades, hay algunas que sólo pueden sostener 20, 10, y aun 6 cepas. <sup>(2)</sup> No sin razón se atribuye á este estado de cosas la decadencia de la vida conservadora religiosa y moral en las clases inferiores de la población. <sup>(3)</sup> En Austria, el aldeano se tiene por muy feliz si saca el rendimiento en bruto del producto de su trabajo. La renta de su propiedad se ha convertido por completo en renta de capital, que debe entregar en forma de interés al verdadero propietario de la tierra, el capitalista. En dicho país, el aldeano se ha transformado en un asalariado, y en un asalariado jornalero, un asalariado que, en su propia tierra, está al servicio de un extraño. <sup>(4)</sup> El aldeano alemán estaba antiguamente protegido en su independencia por el derecho germánico, el cual consideraba el suelo, no sólo como objeto de posesión privada, sino también como base fundamental de los derechos políticos, ya que, si bien esta protección no revestía el carácter de verdadera ley relativa á la indivisibilidad, existía, casi en todas partes, en las costumbres, en los usos y en la tradición. Pero, con la introducción del derecho extranjero, que consideraba también la tierra como propiedad privada, ha ido disminuyendo de día en día la limitación de la división del suelo. El dominio de los señores, favorecido por las tempestades del siglo XVI, encontró entonces muchas facilidades para arrojar al aldeano de la sólida posición que ocupaba. En muchas regiones, especialmente en el Sur católico y en el No-

(1) Carey, *Lehrb. der Volkswirtschaft, deutsch von Adler* (1), 240.

(2) Kuhn, *Französische Zustände*, 75. *Histor. polit. Blätter*, 91, 559 y siguientes. Elster, *obr. cit.*, I, 398 y sig., 1084; *Staatsl. d. Görres.*, I, (2), 669 y sig.; *Hand. d. Staatsw.*, II, (2), 965 y sig.

(3) Rossbach, *Geschichte der polit. Ökonomie*, 252 y sig. Pertz, *Leben des Freih. von Stein*, VI, 945.

(4) Jäger, *in den Cristl. soz. Bl.*, 1881, 732.

roeste, ha salvado todavía una buena parte de la herencia de sus padres, herencia que ha podido conservar intacta hasta nuestros días; pero también aquí vese ahora impulsado al abismo por el nuevo sistema de la división de bienes y de la libertad de establecimiento, por el aumento de salario y la depreciación de los productos, por la dislocación de las relaciones entre amos y mozos, por la invasión de los mercados por productos extranjeros, por la influencia de la escuela moderna y el servicio militar, por el lujo, por el aumento de las tabernas y de las distracciones, sin hablar de las cargas públicas. Aun en los países en que hasta el presente se mantenía floreciente la agricultura, el aumento de las ciudades proporciona la prueba más evidente de que, cada día, miembros cada vez más numerosos de la clase media, en otro tiempo tan fija y al abrigo de toda necesidad, han sido expulsados por la falta de terreno y de pan, viéndose obligados á buscar un empleo cualquiera.

**8. Depreciación del trabajo.**—Pero la importancia de la otra base fundamental de la sociedad, el trabajo personal é independiente, se ha quebrantado también. Este nuevo sistema de liberalismo lleva sobre sí el gran pecado de tratar á los hombres y á las sociedades como cosas, <sup>(1)</sup> y de no tener en cuenta el trabajo, ni el rendimiento del trabajo como fruto libre del hombre, sino que habla todavía del trabajo, como del heno que crece en las praderas. En economía política, como ya lo hemos notado otras veces, no se usa jamás el término *obrero*, sino únicamente las palabras *trabajo*, *capital* y *consumo*, y no sin razón. De aquí que se considere como cosa al obrero; se procura investigar hasta qué punto puede martillársele sin que se rompa, y qué dosis de trabajo puede asignársele sin perjudicar la utilidad que de él se saca. Nadie se preocupa de cómo se conduce, como tampoco de lo que le debe el capital, porque ya no se trata de capitalistas. Capital muer-

(1) Roesler, *Grundlehren der vom Adam Smith begründeten Volkswirtschaftstheorie*, 91 y sig., 113 y sig. V. más arriba, XIII, 12.

to, trabajo muerto, oferta y demanda; con esto está dicho todo. <sup>(1)</sup>

Además, cuando se consideran las cosas desde este punto de vista, nadie se preocupa de las leyes de la moral. Sólo se oye hablar de leyes naturales económicas en el sentido panteísta y materialista. Éstas—afirman todos—rigen la fábrica y el mercado. Todo les está sometido, y no es permitido cambiarlas en lo más mínimo. El trabajo, como tal, carece de derechos, y de deberes el capital. Para el capital inanimado, no hay ni moral, ni leyes, ni límites, ni religión, ni consideraciones.

La más severa justicia tendría grandes trabajos para asegurar al obrero sus derechos, frente al dique todopoderoso del capital. ¿Cómo, en efecto, el obrero, con sus manos vacías, con la pronta agotación de sus fuerzas, podría hacer frente á las máquinas que trabajan con fuerzas de caballos y nervios de hierro, y que son alimentadas por los grandes capitales, allí donde la equidad y el amor á la justicia no tienen importancia alguna? Así, pues, si toda moral queda deliberadamente excluída, para arrebatarse al trabajo su fuerza independiente, y despojarlo de su valor propio, preciso es que el obrero sucumba. Ahora, su trabajo no le es impuesto por un deseo de crecientes ganancias, como antiguamente, sino que se ha convertido en una lucha á muerte con la máquina, con precios cada vez más bajos y jornada siempre en aumento.

Hay que fijarse bien en la manera como se desenvuelven las cosas. Sabemos que actualmente se emplean en la industria máquinas de un millar de caballos. Así compiten un millar de esclavos de hierro, al precio más bajo posible, con algunos millones de trabajadores vivos; y así se comprende que este puñado de trabajadores deba contentarse con cualquier salario en retribución de su trabajo.

Pero á medida que los obreros quedaban sin defensa en esta situación, y á medida que eran despojados de toda segura posición, veíanse más obligados á luchar en masa

(1) Muy bien se expresa sobre este punto Stein, *Soziale Frage*, 385 y s.

con la máquina, y á someterse sin condiciones al gran capital, el cual también se concentraba, á consecuencia de reducir ellos mismos por su parte el precio del trabajo. Entonces les fué aplicada, en su verdadera significación, la concepción de la concurrencia libre, que en otro tiempo habían saludado con jubilosas aclamaciones.

**9. División del trabajo.**—Finalmente, las innumerables manos aplicadas al trabajo, y las proporciones gigantescas de la explotación, dieron por resultado que cada mano empuñase y oprimiese convulsivamente una parte del engranaje, á fin de que nadie le robase su plaza. Ahora bien, esto es el rebajamiento completo del obrero y del trabajo humano. <sup>(1)</sup> Tantas partes de la máquina, tantos obreros, y cada obrero está remachado á la suya con la parte de trabajo ó de máquina que tiene ante sí; cada uno está identificado con el tornillo, con la palanca, con la válvula de que está encargado. Si la máquina tiene diez partes, hay diez obreros que le sirven de balancín ó contrapeso. Pero el obrero aislado no se considera más que como una décima parte de toda la máquina. Por repugnante que esto sea, es exacto. El obrero, no sólo se ha convertido en un trabajador á piezas, sino en una pieza de trabajo.

La expresión *división del trabajo*, de que nuestra época se manifiesta tan orgullosa, como si, al inventarla Adam Smith, hubiese descubierto el medio más maravilloso de progreso, es absolutamente inaplicable. El reparto y la división del trabajo entre los obreros han sido siempre conocidos, desde que hay obreros racionales; pero lo que ahora se llama división del trabajo, es el aislamiento de la fuerza de trabajo individual, es la división, y aun el fraccionamiento, del obrero, fraccionamiento que lo convierte en inhábil desde el punto de vista espiritual, en estúpido, en un ser muerto, dependiente de la cosa de que está encargado, é incapaz de subvenir á sus necesidades en otro oficio.

De este modo, alcanzó su pleno desenvolvimiento el

(1) Cf. Rösler, *Grundlehren*, etc., 49, 60.

principio del liberalismo que tendía á fraccionar á los hombres en personalidades aisladas. Comprendemos, pues, que, por vía de consecuencia, se muestre tan orgulloso de la introducción de la división del trabajo, pero lo lamentamos desde el punto de vista de la personalidad libre, y, por consiguiente, de la humanidad. Quizás sea un hermoso trabajo el que, en Birmingham, haga un obrero clavos de ataúd, otro clavos de herraduras y un tercero clavos de zapatos. Queremos creer que los clavos de ataúd servirán hasta el juicio final; y si su fabricación es el fin supremo para el cual trabajan y se unen los hombres en el terreno económico, no cabe duda que es este un paso gigantesco en la vía del progreso. Pero compadecemos al pobre obrero que, durante toda su vida, no hace otra cosa que clavos de ataúd, como compadecemos á la joven que pasa el más hermoso tiempo de su vida aguzando plumas de acero, ó templando resortes de reloj. ¿Qué otro remedio les queda al niño pobre, á la mujer pobre, ante la perspectiva de perder su trabajo, el único que conocen? ¿Acaso no lo consideran todo como excelente, en presencia de la única alternativa que tienen de morir de hambre, si no pueden ya aguzar plumas? ¿Puede rebajarse más al obrero? Difícil sería, y, sin embargo, puede hacerse. He aquí 17 personas ó grupos de personas estrechamente unidos entre sí por una ley de hierro, como en un presidio; en junto 103. ¿Para qué? Las primeras para hacer un alfiler; las otras para construir un reloj. Que uno se represente 103 hombres personalmente incapaces, cada uno en su particular, de salir del apuro, y que deben trabajar, por decirlo así, en el vacío, según un plan que todos conocen más ó menos, á fin de poder confeccionar un objeto de industria. Esto es una esclavitud, un suicidio intelectual, una sumisión al trabajo tal, que es difícil imaginarse algo más infamante para el hombre. Aquí el trabajo es inevitablemente dueño del hombre, y no el hombre del trabajo. Como individuo, cada obrero es, en este caso, igual á la décima séptima parte de un alfiler, y á la centé-

sima tercera parte de un reloj; es decir, un verdadero cero.

Sin duda, se dirá que así lo exige el interés del comercio. Una persona, trabajando sola, no haría más que 20 alfileres al día, en tanto que, de este modo, 10 personas hacen 48000, esto es, 4800 cada uno. Cualquiera siente envidia por hacer otro tanto. Pero aunque este cálculo sea exacto, ¿es lícito que semejante ventaja se conquiste á tal precio? ¿hay derecho para obrar de un modo tan inhumano como es el de considerar el producto del trabajo como el fin, y no ver en el obrero más que un instrumento?

Desgraciadamente, este cálculo nada prueba. <sup>(1)</sup> Se confunde constantemente la división del trabajo con el fraccionamiento del obrero. ¿Es que el obrero aislado, enteró, no dividido, no puede partir su trabajo, ó mejor, dividir su tiempo? ¿Cómo procedían los obreros de otras épocas? ¿Acaso no hacían nada? ¿Por ventura se arruinaron en su género de trabajo? <sup>(2)</sup> Nuestros economistas parece que se imaginan que un fabricante de alfileres de la Edad Media pasaba desde luego cinco minutos en estirar el alambre, diez para hacer la punta, cinco para afilarla, y que luego encendía fuego para soldar la cabeza, y lo apagaba después para volver á emprender la misma operación con el alfiler siguiente. Á esto le convenía perfectamente el nombre de división del trabajo; pero, á nuestro entender, los antiguos obreros no dividían el trabajo, sino que lo dejaban *amontonarse*, según su manera de expresarse, y para hacerlo, dividían el tiempo. En vez de que una sola persona estirase el alambre, como se hace ahora, y que

(1) Rösler, *loc. cit.*, 43 y sig.

(2) Mi padre encomendó, hace tiempo, un reloj de repetición á un relojero del campo, obrero de vieja cepa, muy diestro, y, además, honrado y leal. Lo hizo todo por sí mismo, hasta las ruedas, que no eran de madera. «¡Será mejor que si fuese construido con elementos de la fábrica!»—dijo.—Y, en efecto, resultó excelente. Era de muy buen gusto, hasta el punto de que resultó un objeto de ornato para el aposento; marchaba perfectamente, y no resultó caro. Sin embargo, el obrero no era millonario, pero hacía buenos negocios. Veíale yo siempre jovial y de buen humor, especialmente cuando podía mostrarnos á nosotros, niños, sus pequeñas obras de arte y explicárnoslas.

otra lo aguzase, obraban ellos en grande, desde luego para estirar el alambre, luego para aguzarlo, y, finalmente, para verificar las otras operaciones. Cambiaban así de operación y no se fatigaban ni se embrutecían, al propio tiempo que aprendían á dominar el conjunto, como un objeto particular. No había, pues, necesidad de introducir en el trabajo este nuevo sistema, que ha resucitado por completo el pensamiento fundamental del antiguo y bárbaro sistema de castas. A pretexto de hacer más fino y delicado un objeto, se encadena por toda su vida á un obrero á un mismo y solo trabajo. Así, no se adapta la cosa al hombre, <sup>(1)</sup> sino que el hombre se convierte en instrumento con relación á la producción. <sup>(2)</sup>

**10. Trabajo y trabajadores convertidos en mercancía.**—De este modo, y en plena civilización moderna, hemos retrocedido á la antigua barbarie y desprecio del hombre. Desde el punto de vista del liberalismo económico, preciso es dividir de nuevo los instrumentos de trabajo en tres clases, como lo hizo antiguamente Varron: los que tienen una voz, los que tienen media voz y los mudos: los esclavos, los animales y las máquinas. <sup>(3)</sup> Así se

(1) Plato, *Rep.*, 2, 370 b. Isócrates, *Busiris* (11), 16. Xenophon, *Cyrop.*, 8, 2, 5, 6. Diodor., 1, 74, 7.

(2) Eudemus, *Moral.* 7, 10, 4. Rösler, *lot. cit.*, 56. Joerg, *Geschichte der politischen Parteien*, 22 y sig.

(3) Varro, *Agric.*, I, 17 «Tres partes instrumenti, genus vocale, semivocale et mutum, servi, boves, plaustra.» Un ejemplo entre mil: El conde de Rumford da, sin duda con las mejores intenciones del mundo, la receta siguiente para poder proporcionar á los obreros una alimentación barata: 5 libras de cebada y 5 de maíz, para 3 d. (peniques) de arenques, 1 d. de sal, 1 de vinagre, 2 de pimienta y yerbas; total 20  $\frac{3}{4}$  de peniques, con los cuales 64 hombres pueden tener pan en cantidad suficiente. Esto recuerda el «Vino de los esclavos», para cuya elaboración, Caton (*De re rustica*) da la siguiente receta: 10 quadrantalia de vino dulce, 2 de vinagre, 2 de vino hervido, 50 de agua dulce, todo ello removido durante 5 días con un bastón tres veces por día. Después añábasele 64 sextarios de agua de mar; se cerraba el tonel durante 10 días y quedaba hecho el vino. En otros términos, para fabricar 1960 litros de «vino de esclavos», se necesitan 360 litros de vino, 60 de vinagre, 1540 de agua salada, ó lo que es igual, 18  $\frac{1}{4}$  % de vino, 3 % de vinagre y 78,6 % de agua salada. No sabemos si con seriedad ó en son de burla, añade el héroe de la virtud para terminar su receta: «Este vino se conserva hasta el fin del verano. Lo que quede de él al finalizar esta estación, es un excelente vinagre.»

comprende cómo, desde este punto de vista, no se trata más que de trabajo, y jamás de descanso, siempre de producción y nunca de reparto. Todas las relaciones entre el trabajo y el capital se han transformado en especulación comercial. Sacar del trabajo y de la fuerza del trabajo todo el producto posible, alejar la concurrencia, producir con la mayor rapidez y lo más barato posible, es lo único de que se oye hablar. Del obrero, ni palabra.

Preciso es insistir siempre en esta situación, á fin de que aprenda el mundo á deplorarla. Según la escuela liberal, el trabajo es una mercancía, y lo mismo el obrero. Se compra el trabajo tan barato como se puede, así como se saca de él una utilidad, con tanta rapidez y tan considerable como sea posible. El liberalismo para nada tiene en cuenta el decoro y la elevación de la persona del obrero, ya que no admite ni su valor interior moral, ni los derechos independientes de su actividad.

No hay, pues, que extrañarse de que, en este estado, en que todo pesa sobre el obrero, tanto interior como exteriormente, el hombre sea miserable. Se agota trabajando para otros. Ve, de un lado, el lujo desenfrenado sostenido sin trabajo, y de otro, ninguna consideración para él, y aun con frecuencia, ninguna esperanza de trabajo. ¡Cómo se oprime el corazón, cuando piensa uno en esas 33.000 costureras de Londres, las cuales, con un trabajo de veinte horas, apenas logran no morir de hambre y preservarse del vicio, en esas pobres jóvenes que ahuyentan el hambre, el frío y el sueño, que las aniquila, con estos melancólicos versos de la *Canción de la Camisa*:

«¡Cuán caro es el pan, Dios mío, y cuán baratas la carne y la sangre!» <sup>(1)</sup>

¡Cómo se oprime el corazón, cuando piensa uno en esos centenares de miles de obreros que pasan gran parte de su vida en la uniformidad del ruido de las máquinas, de ese ruido mortal para el espíritu, rodeados de hierro, de polvo y de hollín! ¡Ni un rayo de fe, ni el menor consuelo

(1) Hood's *Song of the shirt* (Chambers, *Cyclopaedia of engl. lit.*, II, 420.